

Augusto Porporato

¿Casualidad o mirabas por la ventana?



Colección Narrativa

2020

¿Casualidad o mirabas por la ventana? / Augusto Porporato.

1a ed. - Córdoba : Borde Perdido Editora, 2020.

224 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-3942-91-4

1. Ficción. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

Diseño, arte y dirección editorial:

Sebastián Maturano

Contactos:

bordeperdidoeditora@gmail.com

IG / FB: Borde Perdido Editora

bordeperdidoeditora.wordpress.com

*El crimen es materia de elección;
la locura no.*

Jacques Lacan

Los asesinatos

La cantidad de asesinatos fue alarmante a partir de abril. Lo que en marzo (cuando las estadísticas ubicarían el comienzo de la “serie”) se reducía a uno por semana, en abril, exactamente a partir del martes 10 de abril de 2007, el número se incrementó de manera significativa. Al día de la fecha, 2 de mayo, los registros policiales elevan la cifra a once, lo que hace un promedio, desde el comienzo de la serie, de casi seis muertes mensuales. Es unánime la aceptación de que, si no ocurre la captura inmediata del asesino, el promedio seguirá creciendo.

En estos primeros dos meses del caso, bautizado por los medios, a modo de burla a nuestra institución, como el del “asesino invisible”, los investigadores no contamos con ninguna pista concreta. La escasez de evidencias contundentes es nuestra justificación ante la opinión pública sobre la imposibilidad de arribar a conclusiones sólidas. Un resumen sobre las conjeturas que devinieron de aquellas evidencias tal vez no ayude a resolver los crímenes. Sin embargo conviene, en esta etapa de la historia, recordar cada uno de los casos, aunque esto sólo sirva para dotarlos de un orden necesario. Necesario para mí, para mi comprensión, que es lo que busco con este registro.

¿Qué sabemos de los crímenes?, ¿qué sabemos del asesino invisible? Sólo lo que los investigadores, o, más precisamente, el investigador jefe (yo mismo) dice saber. Esta es la información completa facilitada por mí, extraída de la suma de informes que fui difundiendo, una vez a la semana durante dos meses, ante los medios (contestando pocas preguntas, eso sí, limitándome a leer las escuetas líneas mecanografiadas en papeles membretados). El resumen no pretende reflejar de un modo literal aquellas palabras. Abundan en tecnicismos y en incoherencias sintácticas, vocabulario característico de la institución a la que represento pero que, en

muchos casos, vuelve dificultosa mi propia comprensión. De modo que traduciendo frases enteras y eliminando las innecesarias, e introduciendo datos que naturalmente oculté a la prensa, y hasta donde mi capacidad en el manejo del idioma me lo permite (no soy periodista, después de todo), a continuación dejo registrados los informes de las once mujeres asesinadas:

El viernes 9 de marzo de 2007, a las diez y media de la noche, una llamada telefónica alertó a la policía sobre el asesinato de una mujer. La llamada, anónima, fue hecha por un hombre. “Un hombre de mediana edad”, especuló el policía que recibió la llamada. Yo me pregunté si ese jovencito recién incorporado a la institución sabría con exactitud qué significaba para nosotros eso de “mediana edad”, así que desdeñé el dato por dudoso e inmediatamente me dirigí al lugar. La dirección se correspondía a un barrio alejado del centro, y por esto mismo, y también por la hora de la llamada y por el anonimato de la denuncia, relacioné el hecho con los dos asesinatos no esclarecidos de mujeres que habían ocurrido uno en septiembre de 2006 y el otro en el mismo mes de 2005. Fue sólo un palpito, claro, la consecuencia (durante aquel viaje en auto) de la rumia y la intuición.

Apenas llegué, sin embargo, me di cuenta de algo que de alguna manera confirmaba estas sospechas. El lugar en cuestión, donde en ese momento (las once, once y cuarto de la noche) un grupo de policías vigilaba el ingreso de extraños, era un edificio de departamentos. Recordé: mujeres muertas en edificios de departamentos.

La primera víctima de la serie se llamaba Paula Reyes. Tenía 28 años y también había sido asesinada a puñaladas. Las puñaladas

fueron seis. La segunda de ellas, según el informe del forense, la que penetró en el cuello y cortó la carótida, fue la mortal. El arma homicida (probablemente un cuchillo de cocina) no fue encontrada en el departamento. Ni en el pasillo de aquel octavo piso. Ni en los alrededores del edificio. La víctima no había sido violada, tampoco se encontraron indicios de que hubiera mantenido relaciones sexuales esa noche. Reyes era salteña y vivía en nuestra ciudad desde hacía unos meses. Tenía un hijo de nueve años que no vivía con ella. Guardaba una fotografía del niño en su cartera, donde también encontramos una agenda. Casi todos los nombres allí apuntados eran masculinos; conté doce. Me llevé la agenda, aunque con pocas esperanzas de que allí estuviera el nombre del asesino. Yo mismo telefoneé a los padres de la muerta para darles la noticia. Llegué a mi casa cerca de las tres de la mañana. Gladis me acompañó mientras cenaba.

El viernes 16 de marzo, siete días después del asesinato de Reyes, la policía recibió una nueva llamada anónima. La segunda muerta se llamaba Soledad Morell, conocida, según el único antecedente hallado en los archivos, como “Guadalupe”. Alquilaba un quinto piso con vista a la avenida en Nueva Córdoba, y este dato, que al principio no nos llamó la atención, echaría por tierra luego la supuesta clandestinidad del asesino para cometer los crímenes. Al parecer, las luces y el movimiento de un barrio cercano al centro tampoco lo amedrentaban.

A la pobre Morell, que había recibido quince puñaladas, recién la mató la última. Su sufrimiento debió de ser atroz. Los exámenes forenses dictaminaron que las catorce primeras puñaladas no habían penetrado órganos vitales, como si la intención inicial del asesino hubiera sido la tortura. El cadáver, que fue encontrado

boca abajo sobre la cama, presentaba cortes poco profundos en las plantas de los pies, en los muslos y en las ingles, y tres puñaladas feroces en la vagina y otras tres en el ano (que literalmente quedaron desgarrados). Los pezones habían sido arrancados con los dientes; la muchacha estaba viva cuando eso ocurrió. Por esto, y por las marcas de una cuerda halladas alrededor de los tobillos y de las muñecas, creemos que el asesino ató a Morell antes del ataque y la desató después de matarla. Claro que no se pudo establecer con certeza, a causa de aquellas heridas en el ano y en la vagina, la existencia de una penetración fálica. La última puñalada fue en el pulmón derecho. Morell habría muerto en el acto.

Un nuevo elemento se presentaba en este caso: la ferocidad del asesino. Dentro de lo extraordinario de los dos crímenes, el primer asesinato había sido, si se lo comparaba con el segundo, un poco menos brutal. Puse en duda las pocas conclusiones a las que había arribado a lo largo de la semana y comprendí que debía reconsiderar las cosas. El lunes siguiente, durante la mañana, recibí dos noticias que alentaron otro tipo de reconsideración. “Novedad del forense”, informó el oficial Palacios, al entrar a mi despacho. Pidió permiso para sentarse y luego lo largó sin preámbulos: “Dos meses de embarazo”. Sentí de golpe un principio de angustia, o de desconsuelo, algo que me resultó difícil definir en esos instantes. Veinticinco años de servicio, veinticinco años conviviendo con los crímenes más atroces y a estas cosas aún no me acostumbro. Me prometí, claro, que esto no se lo contaría a mi mujer.

Para sacarme los sentimientos de encima quise decir algo, pero Palacios, profesional y eficiente, no me dejó. “Volvimos allá, como usted ordenó. Alguien quiso hablar con nosotros”. Una vecina del segundo piso, es decir tres pisos más abajo de donde vivía Morell, escuchó ruidos como a las once de la noche: un portazo

y luego pasos de alguien corriendo escaleras abajo. La testigo de estos ruidos, una viuda de setenta años, se alarmó y fue a abrir la puerta. El pasillo estaba a oscuras, pero cuando quiso encender la luz un hombre pasó a su lado, le dio un leve empujón y luego siguió bajando las escaleras. ¿Por qué sabía que era un hombre si no pudo verlo?, interrumpí a Palacios. “Por la voz, me dijo la señora”. Me estremecí al escuchar esto. ¿Por la voz? “Sí, el hombre corría gritando Franz, Franz, o algo así, como si llamara a alguien. ¿Está segura, señora?, le pregunté yo. Por mi esposo muerto, me juró”.

Al fin algo, le confié a mi mujer esa noche. ¿Qué?, me preguntó Gladis con incredulidad, ¿por lo de Franz, decís vos? Un nombre extranjero, reconocí yo, Es lo único que tenemos.

Los asesinatos ocurridos el 23 y el 30 de marzo confirmaron de algún modo que el asesino sólo mataba los viernes. Los viernes entre las diez y las once de la noche, para ser precisos. Pronto, sin embargo, la realidad nos obligaría a descartar esta hipótesis.

El tercer asesinato, el del viernes 23 de marzo, no aportó datos significativos a la causa. La llamada telefónica del presunto asesino (el hombre nunca confesaba el hecho, sólo se limitaba a informarlo) había ocurrido cerca de las doce, una hora más tarde que lo acostumbrado. El escenario era similar a los anteriores: un edificio de departamentos, esta vez ubicado en la zona del Zoológico. La víctima, una mujer de veinticinco años, también coincidía con el patrón buscado por el asesino: Jéssica Rodríguez era joven y bonita. Su cadáver presentaba numerosas puñaladas, ya no recuerdo cuántas. A esa altura empezaba a considerar que este detalle era irrelevante. Según los informes forenses, Rodríguez murió entre las diez y media y las once. Por primera vez el cuchillo homicida había penetrado el corazón de una víctima. Cortes no

muy profundos en una mano y en el antebrazo indicaban que no fue atada y que trató de defenderse. El asesino no había querido o, más probablemente, no había tenido la necesidad de atar, tal vez ayudado por la contextura menuda de Rodríguez. Tras el frotis vaginal, se determinó que había tenido relaciones sexuales esa noche, aunque no se pudieron encontrar restos de semen. Tampoco esto era un dato significativo. Por lo demás, esta vez nadie vio ni escuchó nada.

Tampoco hubo testigos del cuarto asesinato, el ocurrido la noche del viernes 30 de marzo, pero por primera vez logramos un descubrimiento alentador. Más o menos alentador, en realidad. Ángeles Luque, de veinte años, había luchado con todas sus fuerzas para no morir. A diferencia de las anteriores víctimas, Luque había muerto con la ropa interior puesta. La necropsia no pudo establecer fehacientemente la causa de la muerte. O se debió a las tres heridas punzocortantes del cuello, o bien a las múltiples puñaladas de la zona abdominal. Las heridas en los costados de los glúteos, en las caderas y en los senos, hechas con una crueldad particular, nos distrajeron al principio intentando descifrar los motivos de tan alevoso ensañamiento. Las veintiséis puñaladas sufridas por Luque pusieron en segundo plano la inspección detallada de sus manos, las únicas partes del cadáver que estaban completamente limpias de heridas. El teléfono me despertó a las cuatro de la madrugada. Peretti, el forense, con un entusiasmo triunfal en la voz, me informó que había encontrado un puñado de pelos en una mano de la víctima. “Entre las uñas”, especificó.

Había atendido el celular desde mi pieza, de modo que para no alterar el sueño de mi mujer fui a encerrarme al baño. Aunque mis once años en el cargo la habían acostumbrado a esos sobresaltos en mitad de la noche, todo cambió para ella el día en que, dos

meses atrás, su única hija (nacida de su primer matrimonio), que siempre vivió con nosotros, había decidido irse de la casa. Gladis se encontraba susceptible e irritable, bajo los efectos de aquel síndrome que los psiquiatras llamarían “nido vacío”.

¿Pelos?, cuestioné. Mi voz retumbaba en el pequeño baño, temí que Gladis se hubiera despertado. ¿Algo más? “Eso es todo”, contestó el forense, sorprendido por la pregunta. ¿Pero realmente creés que por unos pelos *nosotros* vamos a encontrar al asesino?, continué, furioso, a modo de interrogatorio. Me sentía muy mal, con unas ganas enormes de insultar, pero enseguida comprendí que el pobre Peretti no tenía la culpa. Me disculpé, le confesé que este caso me estaba alterando los nervios. “Sin un sospechoso esto no nos ayuda”, reconoció Peretti, “Pero pensé que usted querría saber que el hombre que buscamos es rubio”.

La quinta llamada anónima a la Central de Policía ocurrió el viernes 6 de abril. Esa vez había decidido atender yo mismo todas las llamadas a partir de las diez de la noche. Después de delegar las denuncias de dos asaltos y de un robo, a las diez y veinticinco recibí la comunicación esperada. El hombre dijo poco, claro, no tardó ni diez segundos en decirlo. Mientras lo escuchaba, traté de imaginarlo: un hombre rubio, “de mediana edad”, metido en aquella cabina de la zona del Mercado Norte que, según los pesquisas, había utilizado para hablarnos la última vez. Grabé la comunicación, recuerdo haberla escuchado muchas veces en los siguientes días. “Mataron a una mujer en Ituzaingó 315, sexto B. Vengan, no se demoren”, fue lo que dijo. Luego colgó; no hubo tiempo para decirle nada. Mientras más escuchaba la grabación, más me llamaba la atención la voz. Era serena, clara, con un timbre especial. No sabría explicar en qué sentido me parecía especial,

pero era una voz que invitaba a escucharla, a seguir escuchándola, a quedarse callado mientras se la escuchaba. Por lo demás, seguíamos sin poder deducir del mensaje si el hombre que nos llamaba era el asesino invisible. Daba la sensación de que asistía al momento del asesinato como un testigo, como alguien que estaba ahí, en esas habitaciones, mirando el sufrimiento de las víctimas, pero sin tomar participación. “Vengan, no se demoren”... También esto resultaba revelador. Había una súplica en sus palabras finales, como si en realidad quisiera impedir algo que, según las evidencias, al momento de la llamada ya había sucedido. Le dije esto mismo a Gladis esa madrugada, cuando regresé a casa, y ella, por primera vez, pidió que le contara los detalles. Le pregunté si Agustina había llamado, pero Gladis no quiso hablar de eso e insistió en que le contara los detalles. Me resigné y conté todo, o casi todo, en cualquier caso una versión menos truculenta que la que al día siguiente conocería la prensa:

Con sólo veinte años, María Victoria Gallo presentaba un historial de varios arrestos por robos. Un año atrás había sido condenada a un año de cárcel por su participación en un hurto en una joyería. En su defensa había alegado que no robaba por gusto sino para poder drogarse. Y que no se drogaba con marihuana o cocaína, aclaraba, sino con unas pastillas de venta restringida que conseguía sin receta en una farmacia del centro. No quiso dar el nombre de la farmacia. Las pastillas eran caras, de modo que necesitaba mucho dinero para poder ingerir las crecientes cantidades que su cuerpo le demandaba. Ella no tenía la culpa, decía. Al salir de la cárcel, habría dejado de robar. Una muchacha tan bonita tuvo que haberla pasado mal en prisión, así que tal vez pensó en cambiar de hábitos, en encontrar un medio para conseguir la droga que no pusiera en riesgo su libertad. La prostitución, creyó Gallo, era el mal menor.

Las condiciones del cadáver eran las que esperábamos. Por eso no resultaría útil esta vez, a los fines de la comprensión que busco, indicar la cantidad de puñaladas que presentaba. Que no hubiera signos de violación también era imaginable, un dato coincidente con los asesinatos anteriores. Al final lo pensé mejor y decidí acudir a estos eufemismos para evitarle a mi mujer la descripción del cadáver. También le conté otras cosas, meras circunstancias, para no abrumar con el relato. Sin embargo al principal descubrimiento de esa noche (aunque yo ignoraba entonces el alcance que tendría) sí se lo confíé a Gladis y en cambio decidí no informarlo a los medios. Debajo de la cama, junto a una de las patas, habíamos encontrado una bola de papel. Un pedazo de diario, del sábado anterior, donde figuraba la noticia de la muerte de la cuarta mujer de la serie. El nombre de Ángeles Luque estaba mencionado dos veces. Alguien (¿el asesino?) lo había subrayado las dos veces con una lapicera azul.

El martes 10 de abril ocurrió la primera alteración en la secuencia cronológica de la serie. Esa noche, a las once y media, nos enteramos de un nuevo asesinato. Las cosas se nos iban de las manos definitivamente. Los periodistas se encargaban de destacar nuestra incapacidad, no ya para esclarecer los crímenes, sino para arribar a alguna pista firme. Lo que revelábamos como pistas, o al menos las que decidíamos dar a conocer, no parecía suficiente para ellos, receptores de una preocupación que se extendía cada vez más entre la opinión pública (porque para la opinión pública, o, lo que es lo mismo, para la prensa —y también para nosotros, aunque no convenía admitirlo—, no estaba claro que todas las jóvenes asesinadas fueran prostitutas). Ya no sabíamos cómo contar hechos que de tanto repetirse en sus características resultaban en informes

casi idénticos entre sí. Era muy incómodo, un desafío a la paciencia propia y a la ajena, contar siempre lo mismo, pero las reglas de juego eran claras y no nos quedaba otra que repetir las cosas. De modo que el sábado siguiente, a primera hora de la mañana, debí enfrentarme a una nueva conferencia de prensa, donde ya no sólo informaría el asesinato del martes, sino también el que acababa de ocurrir apenas unas horas antes, a las diez y media de la noche del viernes 13 de abril:

La sexta víctima, la que había muerto el martes, se llamaba Carolina Merchán. Tenía veintitrés años y habría cumplido veinticuatro dos días después de su muerte. Como otras víctimas, probablemente ofrecía sus servicios en los avisos clasificados de los diarios o por internet. El asesino las elige por azar, explicábamos, aunque sólo a aquellas que viven en edificios de departamentos (mucha gente entra y sale de los edificios, especulábamos, y esto daría una mayor impunidad a sus crímenes). Si le gustan, si responden a su modelo de belleza, o vaya a saber a cuál modelo (algo de lo que no estábamos seguros), acuerda una cita con ellas. Su *modus operandi* es tan simple que el hecho de que no haya más de un asesino serial de prostitutas sorprende. Todo le resulta fácil, muy fácil, la clandestinidad de la prostitución ayuda a que matar sea para él un juego de niños. Explicábamos también, en un intento para justificarnos, que de ese modo la captura se volvía cada vez más difícil. Necesitamos un testigo, concluíamos. Si queremos atar los cabos, necesitamos que alguien vea la cara del asesino.

Para no detallar la muerte de Merchán informé a continuación esta novedad: dos horas antes de la conferencia de prensa, un poco después de las seis, recibimos la llamada telefónica de una mujer que pedía hablar con “el responsable de la investigación”. La mujer, quien dijo llamarse Sandra (seguramente no era este su

verdadero nombre), afirmaba que conocía al asesino. Y aunque, por razones obvias, continué, no podíamos revelar el dato, aseguré que la denuncia sería inmediatamente investigada. Con la divulgación del nuevo giro en la causa asumí que ninguno de los periodistas tendría la voluntad para interesarse en las condiciones del cadáver de Verónica Rolla, la séptima víctima de la serie. Sin embargo ahí estaban ellos preguntándolo, insistiendo, preparándose golosamente para oír un relato macabro. Esto me enfureció y por una vez decidí no darles con el gusto. Aún no tenemos esa información, dije, y di por finalizada la conferencia de prensa.

De todos modos no estaba dispuesto a investigar la denuncia de aquella mujer (si había acudido a “Sandra” ante los periodistas fue sólo para no describir las truculencias que esperaban). Con ella ya eran seis las mujeres que, a lo largo de las últimas semanas, decían saber quién era el asesino. Las cinco primeras denuncias, que habíamos rastreado con un entusiasmo cada vez menor, nos habían conducido sin embargo al mismo patrón delictivo: proxenetas de comprobado maltrato. Cuando interrogamos al último de ellos, un hombrecito lastimoso que ni siquiera era rubio, me prometí que no volvería a atender las venganzas personales de ninguna prostituta.

El miércoles 18 de abril la voz anónima anunció la octava muerte de la serie. “Mataron a una mujer en... Vengan, no se demoren”, reprodujo el agente que recibió la llamada (el mismo agente, sabía yo, que un minuto después informaría a la prensa). Llegamos al lugar cerca de las once de la noche. En medio de la calle, frente a aquel edificio de cinco pisos en el corazón de General Paz, nos topamos con un grupo de vecinos que empezaron a insultar cuando Palacios y yo bajamos del auto. Por primera vez sufría el descontento popular en carne propia y me daba cuenta, también,

de que mi incapacidad para atrapar al asesino me convertía para muchos en un cómplice. Palacios también debió de comprender esto porque enseguida me dio unas palmaditas en el hombro, demostrándome de paso que sobre la impunidad de aquellos crímenes él no tenía la misma responsabilidad que yo. Cinco o seis policías nos flanquearon desde la vereda hasta la entrada del edificio, temerosos de que alguno pasara de los insultos a la agresión física.

A Lucía Martín, de veintiún años, la encontramos muerta en el suelo. Su mano derecha había quedado apoyada sobre la mesa de luz, a centímetros del teléfono, que estaba descolgado. La habitación se veía desordenada, con cajones abiertos y lencería y disfraces eróticos tirados en la cama, encima de un televisor y también en el baño. Un asesino sádico, interpretó Palacios. De todos modos, pensé, a la víctima le había quedado vida para intentar pedir ayuda. Los forenses, más allá de un corte profundísimo hallado dentro de la boca, tampoco tendrían nada revelador para decir esta vez. Como era de esperar, el arma homicida (un cuchillo de cocina o un pequeño puñal) nunca se encontró.

Cuando salimos del edificio, una hora después, ya no estaban en la calle aquellos vecinos exaltados. Sentí alivio, sabiendo que pronto estaría cenando con Gladis, cuando un cabo se acercó con una mujer que quería hablar con nosotros. La mujer, vecina de la cuadra que vivía en la vereda de enfrente, contó que esa noche había salido a tirar la basura, como a las diez, cuando oyó un ruido extraño y luego vio a un hombre que salía corriendo del edificio. Reconoció que estaba bastante oscuro, que la iluminación de la calle no es buena, pero que a pesar de eso podía asegurar que el hombre corría “persiguiendo a alguien”. Gritaba también, agregó, gritaba Juan, Juan, muchas veces. ¿Está segura de que gritaba eso?, le pregunté, acordándome del *Franz* de aquella otra vecina.

Gritaba Juan, confirmó, era Juan sin dudas, y lo gritaba corriendo hacia aquella esquina, persiguiendo a alguien... ¿Usted vio a quién perseguía?, la interrumpí. Bueno, no, dijo, no muy bien en todo caso, estaba oscuro, le digo que este es un barrio mal iluminado... Me impacienté. ¿O sea que tampoco pudo ver con claridad al perseguidor? Tampoco, accedió la vecina luego de unos segundos, Pero vi que era un hombre que gritaba Juan.

El viernes 20 de abril, el miércoles 25 de abril y el miércoles 2 de mayo ocurrieron los últimos asesinatos de la serie. Los últimos hasta hoy, 3 de mayo, y los últimos que he decidido dejar escritos.

Siempre en busca de comprender las cosas, a continuación haré un resumen aun más breve de estos tres homicidios (mera información, sin abundar en detalles ni en repeticiones) para llegar sin demora hasta la mañana de hoy, cuando, desalentado por la falta de avances, estaba en mi despacho registrando esto mismo y mi secretaria me anunció que dos jóvenes querían hablar sobre “los crímenes de los viernes” (agregó enseguida, para tranquilizarme, que no eran periodistas). Imaginé inconvenientes, disputas, pedidos de explicaciones, pero al final guardé estas hojas y ordené que los hiciera pasar.

Al verlos de pie frente a mi escritorio pensé en una broma o en la intrepidez de dos locos. Victoria y Marcos, que se presentaron como estudiantes de la carrera de Medicina, aclararon de entrada que no tenían ninguna prueba. En eso estamos iguales, me apresuré a decirles, burlón e intrigado, mientras medía el miedo que se apoderaba de ellos. Nosotros sí sabemos quién es el asesino, continuó ella, En eso no estamos iguales. El muchacho era el menos convencido de lo que estaban haciendo, eso se notaba mucho. Quizá había venido por ella, pensé, porque Victoria era su novia o

porque acompañarla para hacer semejante cosa contribuía a alguna secreta causa suya de conquista. De todos modos la denuncia, que se extendió por unos treinta minutos, también puede resumirse en pocas líneas:

Un profesor de la cátedra de Psiquiatría de la Facultad lee a sus alumnos (entre ellos a los denunciantes) las historias de uno de sus pacientes. Con el argumento de que “son un aporte valioso para el futuro de sus carreras”, ha tomado la decisión de revelar a extraños el contenido de sus sesiones terapéuticas, algo que no chocaría con la ética (explicaba Victoria) si no fuera porque en las historias se mencionaban el nombre y el apellido del paciente: Agustín Malfatti. Sin embargo, pronto el profesor empieza a abusar del recurso pedagógico y durante los siguientes lunes, día de su clase semanal, repite exactamente la misma historia, cuyo relato termina durando la totalidad de la clase. Así que no respeta los programas de estudio, la interrumpí con picardía, impaciente por el rumbo que tomaba la declaración, ¿Lo encarcelamos por eso? Él es el asesino, sentenció ella de golpe, Es por eso que lo denunciarnos, porque las historias son iguales a las crónicas de las mujeres asesinadas que salen en los diarios. Una locura, dije con calma, Lo que ustedes dicen es una locura, a lo que el muchacho, aludido por el plural, de golpe empezó a ponerse nervioso. Las historias coinciden con los asesinatos, insistió Victoria, con las crónicas que salen en los diarios de los sábados, ¿entiende?, el profesor cuenta los lunes las cosas que ocurren los viernes, que son los días que tiene sesión con su paciente, quien además también es psiquiatra y colega suyo de la Facultad, hay cuarenta testigos que pueden confirmarlo. ¿Confirmar qué, señorita?, ¿confirmar que el profesor lee lo que está escrito en una hoja? No vendríamos acá si fuera tan simple, me contestó, recuerde que el primer asesinato

que no fue un viernes ocurrió el martes 10 de abril a la noche, y ese mismo martes a la mañana nos avisaron que él tenía estrés mental, *surmenage*, o algo así, y que por un tiempo no regresaría a dar clases. Harto de aquellas inconsistencias, finalmente les pregunté qué querían que hiciera: ¿que interrogara al profesor para comprobar si las historias de su paciente tienen relación con los crímenes?, ¿es eso lo que quieren? Haga lo que le parezca, contestó Victoria, pero el lunes 9, el día que lo vimos por última vez, le mostré el recorte de diario con la noticia de uno de los asesinatos y amenacé con denunciarlo. Eso ya es algo, me dije, recordando la bola de papel de diario encontrada en aquella pieza, pero aún no estaba dispuesto a ceder e insistí: ¿No es más lógico suponer que su enfermedad lo ha llevado a escribir historias inspiradas en los asesinatos? Las historias *cuentan* los asesinatos, me corrigió ella, ¿es que no lo entiende?, si leyera el libro de texto que el profesor escribió, *Terapia contra la pérdida de seres queridos* se llama, usted vería que le gustan los tratamientos poco ortodoxos. No sé nada de tratamientos psiquiátricos pero véalo de este modo, le dije: Al asesinato ocurrido el viernes el profesor lo lee el lunes en el aula; el sábado sale publicado en el diario el asesinato ocurrido el viernes; el lunes el profesor lee en el aula, a su manera, lo que ha leído en el diario del sábado... Es decir, concluí, que los asesinatos que lee en los diarios son la base inspiradora de sus historias terapéuticas, sobre todo teniendo en cuenta que el hombre, al parecer, no está bien de la cabeza. Usted no entiende, terminó diciéndome Victoria con resignación, Yo sabía que ustedes no iban a entender.

Ahora, cerca del mediodía, no escribí aún las crónicas de los últimos tres asesinatos, y al final decido no hacerlo. A esta altura me basta con saber que Valentina Roig, María Luz Arena y Carolina

Chacón murieron como nadie debería morir. Sin embargo no logré, luego de leer varias veces lo que había escrito, la comprensión que buscaba. Sin pruebas, sin pistas sólidas, sin verdaderos testigos, sin un solo sospechoso... Me doy un momento para arrepentirme de lo que voy a hacer. Pienso en Gladis, pienso en su tristeza, pienso en los fríos diálogos de las cenas y en aquel tema que ella prohíbe... De modo que al final me resigno y decido salir de la Jefatura, dirigirme a la Facultad de Medicina para averiguar, en nombre de la ley, el domicilio del profesor Ernesto Federico Schultz.

11 de septiembre de 2005 / diario *El Independiente*

Joven apuñalada

Anoche, alrededor de las 23, se produjo un horroroso hecho de sangre en nuestra ciudad. Una joven, cuyos datos aún son motivo de investigación, fue asesinada brutalmente en un edificio ubicado en Av. Poeta Lugones al 100, en la zona aledaña a la terminal de ómnibus. Según fuentes policiales, la muchacha, quien vivía en el cuarto piso del edificio, fue víctima de múltiples puñaladas. Hasta el momento se ignora el motivo de tan feroz ensañamiento, como así también la identidad del autor o los autores del hecho.